

Lola, o los cómplices involuntarios

Emilio Carballido

La nicotina y un triángulo amoroso pleno de retruécanos se conjuntan en este relato magistral de Emilio Carballido para ofrecernos una fábula encantadora y desencantada acerca de las sinuosidades de las relaciones de pareja.

I

—La nicotina sí mata.

La voz de mujer venía suavemente al aire, se deslizaba de un balcón al otro, al suyo, y Emiliano la oía, sorprendido, en medio de los golpes lejanos del mar.

—Hay que darla con cuidado, mezclarla suavemente con algún trago, tal vez champaña.

Un murmullo contestó, luego dejaron el balcón, entraron a su cuarto, y Emiliano, con la boca abierta, no entendía si eran chistes o un cuento lo que había oído o si en realidad se planeaba un crimen.

Había llegado hacía tres días, sus ochenta años a bordo de una silla de ruedas muy cómoda, y su gran gusto había sido mirar atardecer lentamente la playa, ver las grandes olas y las pequeñas olas, acercarse, alejarse, personajes individuales que se borraban, venían desde allá lejos, creciendo en el camino, perdían fuerzas y se desbarataban, y renacían. Abajo, también algunas gentes pasaban tenazmente individuales, la mujer con un traje negro y amar-gura en el rostro, de unos cincuenta años, empeñada en correr la playa dos o tres veces; los dos novios casi desnudos que paseaban muy juntos y se besaban cada diez

pasos, el muchacho con cara de búsqueda, que buscaba y buscaba viendo a cada cual en la arena; ¿era parte de esto? ¿Qué querían decir las dos frases?

Fue lentamente hacia la puerta. Si abría, no podría espiar hacia dentro, acercar la puerta a las orejas, pues cómo, los cuartos son herméticos.

“Esto es el 1412. Quiere decir..., que ése es el trece o el once. Nunca sabré nada. Me quedaré pensando en ese crimen y no sabré qué fue, ni cuándo”.

Se abrió la puerta, una figura grande y corpulenta se detuvo un momento a contraluz, después a un gesto suyo la luz quedó encendida; los dos hombres se vieron.

—Me tomé dos tragos exquisitos, perdonarás. Las margaritas son hechas con gran arte.

Dejó el bastón a un lado.

—Una asesina quiere matar a su marido.

—¿Qué?

—La oí aquí junto, sólo dos frases pero de crimen, le va a dar nicotina, va a matar al marido.

—No entiendo qué estás diciendo.

Emiliano tomó aire como pudo, y contó lentamente las dos frases que había oído venir desde el balcón de junto. Teodoro lo escuchó con los ojos agrandándosele.

—¿Estás seguro de que oíste bien?

—No hay error posible, ¿no?

—No, no hay.

—Nunca sabremos más. Qué mal haber oído esas dos frases.

—¿Nunca sabremos? ¿Quién lo dijo? ¿Quién es el marido? ¿El marido que va a morir! Pues tal vez lo salvemos, tal vez... Hay que ir con cuidado, pueden pensar que somos viejos locos.

—Viejos locos, ¿por qué?

—Porque ya me imagino a ti y a mí yendo a acusar a alguien de envenenar maridos, qué risa les daría, tenemos que averiguarlo solos y salvarlo, pobrecito, también solo.

Emiliano tenía las manos temblorosas, se sintió peor con la reflexión de Teodoro.

“Es verdad, yo no pensaba hacer nada, pero Teodoro me va a arrastrar. ¿A dónde? ¿A buscar cosas nocturnas? ¿Y por qué? ¿Y para qué?”

—No hay que meterse en eso, déjalos solos.

—Sí hay que meterse. Ya verás, algo saldrá.

II

En el once vivían dos solteronas, el cuarto del mal era el trece.

Tenían el nombre de la mujer: Lola de la Rosa. Curiosamente, la habitación estaba a nombre de ella, no del esposo. Tal vez llegó antes que él, no era lo usual.

La imaginaban fácilmente: quijada dura, ojos capaces de entender todo, vestida en traje sastre o en vestidos de noche grandes y oscuros.

Esperaban en la playa, en el comedor, pero no aparecía, ni sus luces.

Esa mañana habían pasado cuatro días, desayunaban juntos. Emiliano apretó de pronto la mano de su primo, alguien estaba hablando: él hizo seña.

—Ahí está ella.

—Qué cosa. ¿Qué estás oyendo?

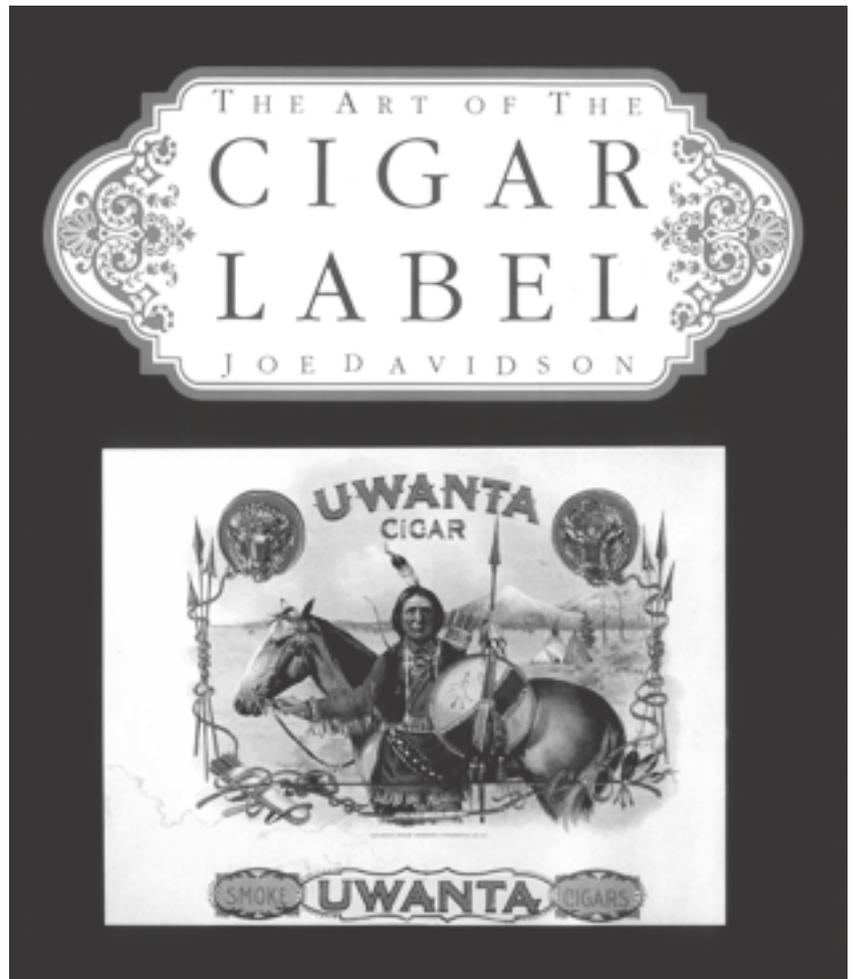
—Es ella, ésa es su voz.

Lentamente volvieron la mirada.

Era una mujer delgada, pequeña, de grandes ojos y sonrisa abierta; vestía sencillo, con la falda de picos sobre unas piernas envidiables, qué cuerpo, y los senos pequeños pero firmes y exhibidos a medias; el hombre a su lado era el marido, no había duda posible: cara borrosa, la figura con algunas pequeñas señales de abandono que la grasa ponía en evidencia, tal vez había sido guapo, pero ya habían pasado años.

Él tenía el desayuno en una gran charola, ella pedía:

—Ponme más zanahorias y otro poco de mango; quiero café, taza grande. A Freddy le gustan los huevos, hay que pedirlos ya.



Los vieron alejarse.

—¿Sería de veras ella?

Preguntaron a un mozo, que dijo:

—Sí, ella es la señora De la Rosa.

Y allá estaba sentado Freddy. El galán, esperando la muerte del marido.

—Qué hombre más guapo.

Lo murmuró Emiliano con un dejo de asombro y envidia. Freddy era la pareja exacta de Lola. Con la cara hacia atrás medio sonreía, decía cosas a Lola y también al marido, y no se notaba nada la mala intención con que planeaban eliminarlo; Lola y él tenían un contrato secreto que se escribía en el aire: los dos jóvenes, los dos bellos, los dos haciendo ver ya viejo y cansado a ese pobre marido condenado a morir.

Los observaron en silencio.

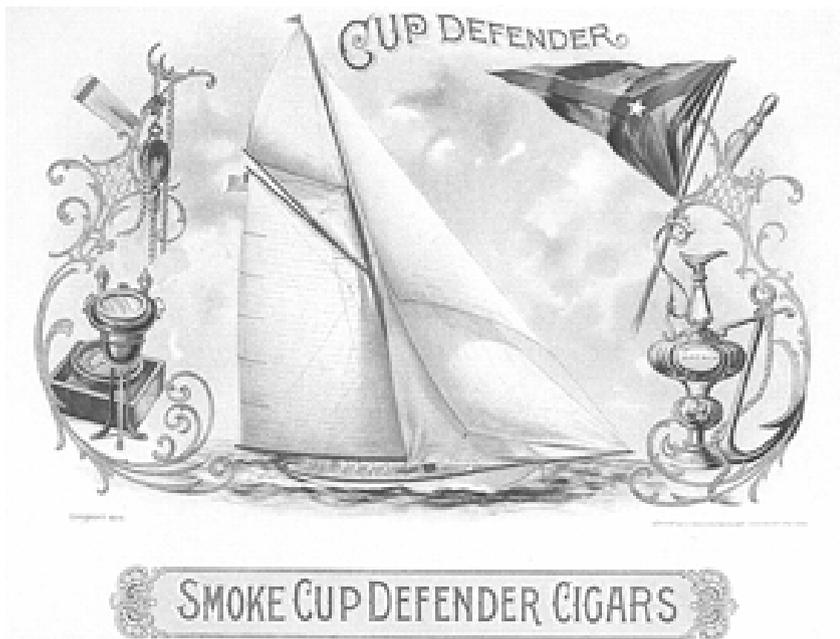
—Si el marido se entera, ¿qué va a ser de él?

—¿Por qué, Teodoro?

—Si no tiene otra gente en la vida, ¿qué? Lola lo tiene fascinado, la obedece en todo. ¿Viste cómo cargaba la charola?

Emiliano asintió. Era un gusto ver a los jóvenes. Era triste pensar en la cama con el más viejo maguyando a la pobre Lola.

—Esos dos han de coger muy bien, se nota.



—Se nota mucho.
 Se quedaron pensando. Era un juego secreto en que los dos participaban sin que los otros lo supieran. Se vieron.
 —¿Qué curioso, no?
 —¿Qué?
 —Que tenemos poder para cambiar sus planes.
 —Para mandarlos a la cárcel.
 —Para estallar algo que está en silencio numiéndose...
 Quedaron en silencio.
 —No sé qué hacer.
 —Ni yo tampoco.
 —Si supiéramos algo más, algo de ellos.
 Allá al fondo habían acabado con el desayuno, Freddy fue el primero en levantarse, lo siguió Lola. El marido quedó sentado, mientras los dos caminaban hacia la playa, hacia el mar.

III

Es sorprendente, pero estaban en la computadora. Pedro y Lola de la Rosa: parecían tener dinero, pertenecían a un grupo que explotaba el agua de beber, millones de litros de agua para vender al prójimo y ellos con alguna parte de la ganancia. La otra parte, mayor, parecía irse a manos de Federico Elías, más otros cuantos negocios e inversiones. Qué extraño ver a aquellos arreglando sus vidas y no poder decidir qué sería mejor.

Teodoro y Emiliano eran primos. Habían crecido como hermanos, habían andado juntos en las primeras aventuras con Emiliano guiando y Teodoro aprendiendo; compartieron muy tristes la gonorrea que les pegó una novia común y sanaron sin que nadie supiera ese secreto.

Enviudaron, con años de distancia pero enviudaron ambos. Los hijos se casaron. Ya había nietos. Y ahora viejos, Emiliano tuvo un infarto, perdió el habla y el movimiento; Teodoro lo cuidó, consultaba a los médicos y seguía sus instrucciones, se volvió enfermero hasta ver que Emiliano era medio-Emiliano, en la silla de ruedas, pero él mismo.

Y de pronto venía un regalo del cielo. ¿Del cielo? ¿Qué quería decir tener la llave de una intriga secreta que ocurría ante sus ojos?

¿Podían meterse y resolverla? O quedar como los dioses viendo ocurrir todo hasta el final y no hacer nada. Tal vez sea eterna la memoria de dioses y repita y repita lo que ocurrió una vez. Y por eso más vale ir con cuidado: actuar o no actuar. Y en caso de actuar, ¿cómo?

IV

Siguieron observando la conducta tranquila de los tres: Por la mañana iban al mar. El marido en la playa, desnudo con sus lonjitas que traicionaban al cuerpo, nadando a veces pero muy poco; Lola y Freddy perdiéndose en el mar, volviendo muy mojados y sonrientes. El cuerpo de ella, casi desnudo. Dos cositas arriba y una abajo y todo el cuerpo luce espléndido para dar gusto al ojo. Freddy, trae un pantaloncillo alemán muy pegado al cuerpo pero que deja ver de pronto la excitación que le produce Lola. Pedro no lo advierte, se endereza, camina, es curioso cómo deja un margen de placer a los amantes. No muy lejos dos gárgolas antiguas los vigilan y no saben qué hacer, hablar o no hablar, el secreto es también de ellos. ¿Dejar que desaparezca este pobre marido? Que no tiene sentido pensarlo muerto y viejo y padeciendo el crimen de Lola. De Lola y de Freddy.

Nicotina: alcaloide sin oxígeno, líquido, oleaginoso, que se pone amarillo y después pardo oscuro en contacto con el aire, desprende vapores muy acres y se disuelve fácilmente en agua o alcohol. Es un veneno violento. Eso decía el diccionario.

Quemados por el sol, los dos primos veían hacer su vida a ese extraño trío, en que los dos mejores tenían pensado acabar con el peor, eso era triste pero también lo contrario: consumarlo de un lado, consumarlo del otro; irse felices los dos jóvenes, ser desdichados y en peligro de cárcel dos de ellos.

¿Qué hacer? Las gárgolas dudaban, sudaban cuando los otros bebían agua de coco, se sobresaltaban con todo lo que la playa ofrecía. Repasaban el sentido de las frases, era inequívoco. Ay, qué triste es ser gárgola, juzgar.

V

Fue media tarde, afuera estaba el mar. El restaurante Art Déco daba tragos y bocadillos. Una extensión irre-

gular de mesas, y fieles y dudosos los primos observaban al trío, no muy lejos.

Hoy pasaba algo, lo sintieron. ¿Qué pasaba?

El marido, Freddy, Lola, los tres contentos, los tres muy cálidos, y Pedro se separaba, iba sonriendo hacia la fuente. ¡Iba a buscar champaña! Ahora volvía con ella, sonreía.

—Es champaña, van a beber champaña.

Algo parecía vibrar en el aire, la sonrisa de Lola tenía un toquecito duro en las esquinas, las copas estaban listas para llenarse. Un taponazo y eso hicieron, se quedaron con las copas llenas allí, chisporroteando en las manos.

Emiliano y Teodoro observaban. Teodoro tenía el bastón apretado con más fuerza. Emiliano empezó a sudar y de pronto fue aquello: Pedro de pie decía algo muy llamativo, que Freddy oía y Lola sacó un tubo y lo vació en la copa de Freddy, que subió hasta casi regarse y después quedar quieta, muy normal. Y Lola escondió el tubo y dijo algo como “bueno, salud”, o cosa parecida. Y Freddy tomó su copa envenenada, y los dos lo veían, el matrimonio lo veía, a punto de irse de este mundo.

Ocurrió el cataclismo. Una silla empujada por un viejo corrió entre la gente sin advertir sopetones ni encuentros, y llegó a la mesa de los tres y un golpe de bastón hizo pedazos a la copa. En los labios del guapo Freddy no hubo champaña sino asombro, y nadie entendía nada.

—¿Pero qué es esto? ¿Qué pasa?

—¿Pero qué hacen aquí?, ¿por qué?

Y Teodoro habló.

—Perdón, corrimos sin querer y rompimos la copa de Freddy, con perdón, la copa con medicina, tal vez quede otra poca, ¿no?

Y Lola, demacrada:

—¿Qué dice, por qué medicina? ¿De qué habla?

Y Teodoro, veloz le quita el bolso de la mano, saca el frasco vacío, casi vacío.

—Yo lo digo por esto, está en la copa de champaña, lo echó usted.

Ella quiere arrebatarse el frasco. Freddy estira la mano, lo recoge. Observa a Lola. Observa a Pedro. Los dos se han estrechado juntos y están blancos. Él mira su copa rota donde quedaron restos del líquido. Levanta el fondo del vaso, lo estrecha con el tubo.

—No entiendo de qué hablan estos hombres. —Dice Lola con la voz destemplada.

—Yo sí, dice Freddy.

Están los cinco viéndose sin saber qué hacer, los dos viejos dudan viendo las caras del matrimonio. No hay límite que trastorne el sufrimiento y el terror que viene desde el alma. La cara de Freddy se ha vuelto dura, cruel, es el rostro que no apoyamos y queremos. Es el rostro de alguien que tiene todo y tendrá más. Se levanta con el tubo y el fondo del vaso diciendo:

—Voy a hacer que analicen esto.

Lola y Pedro se paran y ven a los viejos.

—Y ustedes, ¿qué? —Pregunta Pedro.

A Lola se le escurren algunas lágrimas.

—Vámonos —dice quedo.

Y los dos se van aprisa hacia su cuarto, ese cuarto donde las frases vuelan en el momento inadecuado.

Los dos viejos se sienten muy mal, luego se sentirán peor: averiguarán que Freddy es duro como roca, podría decirse malo. Sabrán que Lola y Pedro van a huir a un pueblo chico y a otro y van a ser perseguidos. Eran ya socios, se canceló. Vender lo que tenían rápido y muy fácil en muy poco dinero. Tal vez los pesquen y un día vayan a la cárcel. Freddy no perdona nunca.

Los dos primos discuten qué era mejor. ¿Dejar matar a Freddy? ¿Quién sabe? El alma tiene un tiempo muy largo para repetir y repetir y juzgar de muchos modos lo que pasa una sola vez. []

